

Nigeria. Debilidades detrás del colapso del Estado y la injerencia externa

Por Lic. Escudero Ezequiel A.

Nigeria es uno de los principales productores de petróleo de toda África y uno de los motores del desarrollo en el Golfo de Guinea, en el Delta del Níger y en el África Occidental, ya que no sólo produce y refina crudo, sino que impulsa el desarrollo de la industria ligada al oro negro dentro de toda su área de influencia. Es por eso, quizá, que se halla en la mira de las grandes potencias, tal como lo fue hacia los siglos XV y XVIII cuando se transformó en el principal proveedor de esclavos (se la conocía como “la costa de los esclavos”) para la metrópoli cuyos destinos fueron las costas de Brasil y Centroamérica. También es foco de atención debido a flagelos que parecen perpetrarse en el tiempo y que se vinculan con viejas disputas étnico-religiosas con sangrientos enfrentamientos en el interior del país (el más poblado del continente) y con una heterogénea composición étnica. Un conflicto interno que desnuda las falencias de un estado ausente y sin respuestas en lo inmediato.

Legado Colonial

A lo largo de la historia del continente africano el estado en su acepción moderna fue introduciéndose dentro del sistema internacional de manera marginal y excluida. Esta imposición se dio de la mano del imperialismo y colonialismo simultáneamente y determinó, en gran parte, el destino de África en su conjunto. La descolonización implicó el traspaso del poder político a una élite dominante que nació y creció en medio de prácticas, estructuras, valores e intereses coloniales.

Así dadas las cosas, la utilización del poder estatal para la acumulación de riquezas convirtió a la política en un juego de suma cero y sentó las bases de la discordia entre las partes que componen los estados al politizar la identidad étnica y la religión. La violencia política se desencadenó en dictaduras militares e incluso en guerras civiles, al tiempo que las superpotencias y los antiguos señores coloniales permanecieron con la firme convicción de apoyar a quien asumiera el poder de turno, independientemente de los medios que llevaran a aquél fin.

El fin de la Guerra Fría y la necesidad de adaptar las estructuras políticas (junto con los líderes de turno) a las demandas económicas surgidas del consenso de Washington, no solo pusieron de manifiesto la naturaleza efímera del estado sino que precipitaron un proceso de colapso en la mayoría de los estados africanos. Es así como puede interpretarse la trayectoria histórica de estas entidades, en gran medida, como la eterna debilidad y la proclividad al fracaso seguido del inevitable colapso estructural en su conjunto.

Desde los orígenes

La República Federal de Nigeria surgió como una nación independiente del tutelaje colonial británico en octubre de 1960, aunque ya a mediados de la década de 1940, el sentimiento nacionalista se hace sentir y el gobierno británico comienza a tomar medidas políticas para convertir a Nigeria en estado autónomo primero e independiente después. Sin embargo, más de un siglo de dominio británico situó a las cumbres de mando de la economía nigeriana bajo el control de empresas principalmente occidentales. La puesta en práctica de un programa gradual de descolonización otorgó a los políticos nigerianos el control sobre los gobiernos regionales y delegó el control de los asuntos internacionales al gobierno colonial, antes de que este abandonara finalmente el poder en 1960. No obstante ello, hacia mediados de 1957, los tres gobiernos regionales del Norte, Occidente y Este se hallaban bajo control de los políticos nigerianos.

Al no participar en actividades productivas, los gobernantes de turno de cada región carecían de una base económica sólida y hacían uso del poder político que detentaban para compensar la carencia de una base de recursos autónoma. De este modo, el inevitable camino hacia la corrupción de la vida política irrumpió las arcas del país y la violencia se convirtió en sinónimo de lucha por el poder político en todo el territorio, desencadenando la intensificación del conflicto en la región Occidental, gestando de la mano del General Mayor Nzeogwu un golpe de estado a principios de 1966, a sólo seis años de haber obtenido la independencia de la metrópoli británica. Pero la falta de solidez política y presencia estatal eficiente traerían como corolario un mal aún mayor. Entre 1967 y 1970 las motivaciones étnicas, sobre todo, conducirían a una Guerra Civil en Nigeria con el asesinato del sucesor de Nzeogwu, el General Aguiyi-Ironsi.

Ni siquiera las enormes ganancias obtenidas de la renta petrolera como consecuencia de la suba de precios gestada por la OPEP en 1973 primero y luego en 1978, lograron

cohesión interna y paz política. Muy por el contrario, una serie de Decretos internos (el Decreto de Naturalización, 1972 y el Decreto sobre el Uso de la Tierra, 1978) fomentaron el deseo de la clase burocrática político-militar de obtener una acumulación primitiva. La corrupción se incrementó y se convirtió en el principio que guiaba la participación en la vida pública nigeriana, dejando en un plano retrasado el desarrollo económico del país; esto se vio reflejado en un auge en las importaciones, en detrimento de la producción autóctona de bienes de consumo, con el objeto de facilitar la malversación de fondos públicos.

El peso de la debilidad estructural

Los efectos de la corrupción, el descuido del desarrollo económico y la politización de la identidad étnica y la religión debilitaron la burocracia y destruyeron el tejido social de todo el país. La negación de la presidencia de Babangida de aceptar un préstamo del FMI en 1986, junto con la posterior puesta en práctica del Programa de Ajuste Estructural (PAE), agravó el estado económico de los ciudadanos desencadenando disturbios y manifestaciones violentas.

Las consecuencias del descuido del desarrollo económico son más evidentes en el Delta del Níger, que sufre los duros efectos de la contaminación ambiental, atribuida a la exploración de petróleo y a la destrucción de la vida agropecuaria, sumado al exterminio de la diversidad acuática. La priorización del concepto de responsabilidad corporativa social pública en el proceso de puesta en práctica de políticas neoliberales en la década de 1980 dio al estado nigeriano un escenario ideal para abandonar sus responsabilidades en el Delta y dejarlo en manos de empresas petroleras, redundando esto en conflictos intracomunitarios violentos y en una pérdida total de la lealtad hacia el estado.

Se dio el inicio de un proceso de movilización de fuerzas sociales que reclamaban el dominio de sectores económicos clave y la apropiación de recursos. El asesinato de Ken Saro Wiwa, líder de la lucha por los derechos del Delta del Níger, a manos de la dictadura del General Abacha en 1997 dio origen a una serie de grupos violentos que demandaban el control de los recursos. Estas manifestaciones violentas verían incluidas en su lista de fundamentos para la acción, la composición étnico-religiosa de la población como motor impulsor del mecanismo que mueve a la violencia física.

De la mano de la pujante globalización neoliberal de los '90, las distintas facciones armadas que habían comenzado su accionar de la mano de demandas sociales concretas y del pedido a gritos de una rápida renacionalización de sectores clave, dieron

un vuelco trascendental a sus intereses inclinando la balanza hacia los ricos fondos derivados del crudo cuyo destino principal era la compra de armas. Se dio así un interesante vínculo entre una naciente actividad coercitiva y una permanente inestabilidad interna como “garante” de movimientos propios de un escenario acéfalo de poder.

La funcionalidad de los viejos antagonismos

Tan es así, que los soldados nigerianos enviados a mantener el orden público al Delta del Níger se ven envueltos en violentos enfrentamientos con grupos insurgente armados sofisticadamente y sostenido por el comercio del crudo en su poder. El estado ha perdido el monopolio de la coacción física en casi todo el territorio, facilitando el accionar de grupos que cuestionan la existencia misma del estado; organizaciones de libertad civil, como la extinta Alianza para la Democracia y la Conferencia Pro nacional (PRONACO) y grupos secesionistas, como el Congreso del Pueblo Oduduwa (OPC), el Movimiento por la Supervivencia del Estado Soberano de Biafra (MASSOT) y el Movimiento por la Emancipación del Delta del Níger (MEND), se mueven en un entorno crítico para la cohesión social y la paz interna.

Con una composición étnica compleja, fulani (29%), yoruba (21%), igbo (18%) y más de 250 grupos étnicos, el país más poblado de África vive además graves problemas religiosos (47% católicos y 41% musulmanes) que son fuente de inestabilidad y permiten a la vez la fácil licuación de intereses que no siempre están relacionados con los actores directos intervinientes en el escenario. Nigeria se enfrenta a un viejo dilema que, acaso, se presenta como un tenue manto que cubre todo el continente. No es necesario un estudio demasiado profundo para tomar cuenta de la riqueza natural que esconde el continente; petróleo, diamantes, oro, etc. son un cóctel más que apetecible para las ambiciones de las grandes potencias, tal lo fueron a principios de la era de la expansión europea y de la mano del colonialismo. En la actualidad, la red de intereses externos sobre África o, por caso, sobre Nigeria, se hace notoria entre líneas. Los recientes enfrentamientos en la ciudad de Jos, en el centro del país y capital del estado de Plateau, ponen de manifiesto la intensidad de las disputas étnico-religiosas entre católicos y musulmanes.

Pero también ponen sobre el tapete el oportunismo intencional que gira en torno al debilitamiento interno de un estado. Cuando hacia finales de 2007 se hablaba de la instauración definitiva del Comando Militar para África (AFRICOM) en el propio

territorio africano (Yibuti más precisamente), como parte de la estrategia global de los Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo. Nigeria se transformó en interlocutor de los intereses de aquellos países opuestos a esta injerencia oculta, con el trasfondo del interés sobre los recursos, sobre todo en esa región rica en petróleo. Así, se gestó una línea de oposición con un eje transversal hacia los países centrales de Oriente, por caso Irán, con una fuerte ascensión dentro de un país con casi la mitad de la población de origen musulmán.

Cabe la analogía tomando el caso de la fuerte presión que ejercieron los Estados Unidos en la década del '80 sobre su entonces aliado Saddam, para que debilitara al régimen de su vecino Jomeini en Irán y así volver a la carga sobre las riquezas naturales con el consenso de un Sha de turno funcional a los intereses del Pentágono. Hacia finales de 2009 luego de un fallido atentado contra un avión que se dirigía hacia los Estados Unidos por parte de un joven nigeriano, y como presagio del desorden actual, Nigeria pasó a ser incluido dentro de la lista de Estados Terroristas, enemigos de las democracias Occidentales, y propenso a alojar células terroristas dentro de sus fronteras.

Para la Casa Blanca se abre un escenario particular, con la opción a futuro de apoyar insurgencias en el vecino Camerún reavivando la siempre latente lucha por la región fronteriza de Biafra. Siempre teniendo en cuenta el peso y la importancia de Nigeria dentro de los principales productores de petróleo (el segundo de África después de Angola) y como el cuarto exportador hacia los Estados Unidos. Una historia repetida, claro está, con eje central en el conflicto étnico-religioso y con el sable entre líneas sobre la apropiación de recursos y la injerencia en asuntos internos de un estado soberano.